

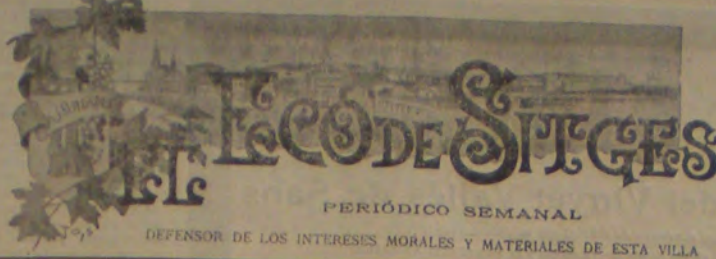
Precios de suscripción

(Pago adelantado)

Sitges, trimestre, 130 pesetas.
Provincias, un año, 7 pesetas.
Extra: jaro, id., 250 pesos oro.
Número atrasado, 20 céntimos.

Corresponsales en Habana,
Santiago de Cuba, Guantánamo
y Manzanillo.

Redacción y Administración
San Bartolomé, 2. Teléfono 360



Precios de anuncios

Por una sola vez, 0'25 pta. lí-
nea, y por un mes, 0'50 id. id.

Remitidos, adictos y reclamos
a 0'60 pesetas línea.

Anuncios mortorios
de 5 a 50 pesetas.

Los anuncios en primera plana
pagarán doble.

No se devuelven los originales

Llabería y Capdet del Corral, Guerrilleros de la Independencia

En las pocas relaciones que se han escrito de los sucesos de Sitges durante la Guerra de la Independencia, no consta donde nacieron Llabería y su intrépido amigo; pero, sin error, se les puede señalar como defensores de esta villa, cuyo término recorrieron muchas veces a la cabeza de bríosas partidas, donde, en fin, alcanzaron gloria no pequeña en una empresa que ha quedado en los mejores libros de la época, como ejemplo de audacia popular.

Uno y otro abrazaron la condición peligrosa de guerrilleros, cuando los franceses dejaron de ser aliados, para trocarse en enemigos. Abandonaron sus hogares, su peculio y corrieron a ponerse al servicio de la Junta correccional de Barcelona que, por la cautividad de esta plaza, tenía su sede en Martorell. Aquí se alistaron en la milicia plebea, que tan impetuosamente debía batirse, y recibieron el bautismo de fuego poco después, en las trágicas jornadas del llano de Vilafranca, hallándose naturalmente en la acción heroica de conducir los cañones de Sitges al camino real de Tarragona, y en los no menos notables movimientos que fueron necesarios para proteger el paso del ejército de Mallorca que, desembarcado en aquella ciudad, desfiló por delante de nuestra villa, al correr en auxilio de Gerona, acometida por Duhesme, (Junio-Agosto de 1808).

La notoriedad que consiguieron en esas empresas, su abnegación, el éxito de su recluta entre los mozos del país y sobre todo el conocimiento de éste hicieron que fueran propuestos para el mando de las mensajeras de San Pedro de Ribas, Sitges, Canyelles y otros lugares vecinos, comenzando desde luego a operar por cuenta propia cuando los franceses dispersaron a nuestro ejército, lanzándolo en retirada hacia la región tarraconense. El general Saint-Uyr se presentó con el réplimo cuerpo en Vilafranca, extendiéndose sus alas desde el pte de Montserrat al mar. Entonces Sitges fué presa de las tropas extranjeras, quedando ocupada por dos compañías italianas, destacadas del batallón que guardaba la vecina Villanueva, (Diciembre de 1808-Marzo de 1809).

Esos fueron los peores días de aquel tiempo memorable. Aterrada la población, cruzada su campiña incesantemente por patrullas que mantenían las comunicaciones, cada día sucedían encuentros, siendo frecuentes los asqueros de haciendas, las talas de árboles, los sacrificios de guerrilleros y payeses, ora fusilados, ora ahorcados cruelmente a la entrada de las aldeas, para vengar el espionaje, y la muerte de los resagados, de los heridos de las comunes enemigas. Seguramente en tan deplorable sazón tuvo lugar en Sitges el holocausto del infeliz marinero apodado *Cap de mort*, a quien, según la vieja tradición, fué atribuido el asesinato de un soldado francés en el atajo del Vinyet.

Llabería y Capdet encontraron en aquellos momentos ancho campo para su ardoroso patriotismo. Obligados a conducir con prudencia, para evitar los tremendos narzapos del poderoso adversario, llevaban la vida anhelosa de todos los guerrilleros, que consistía en dar golpes sobre seguro, arrebatar los pliegos a los correos y edecanes, procurarles botín y desaparecer en seguida, ganando velozmente las alturas, donde los párricos y hacedados los acogían, ocultándoles, aliméntándoles, curando sus heridas y enfermos, reparedo en sus vestidos y armas los estrogos que producían sus desesperadas expediciones. No era raro que los franceses descubrieran sus escondrijos; entonces levantaban el campo y, desde los picos más elevados, contemplaban el incendio de las moradas, el destrozo de las bodegas y graneros, a veces la agonia del noble labrador que, con la carabina, había intentado defender el objeto de todos sus planes. La victoria que granaron en el lugar de las Planas, fué la respuesta de nuestros caudillos, a uno de esos sucesos, tan comunes en aquella guerra salvaje.

Pero el hecho de armas que les valió la reputación, fué la sorpresa a que le sometido, que aconteció el 26 de Mayo de 1809, refiriéndose al propio general en jefe francés en sus Memorias y al *Chien* coronel italiano Vacani en las suyas. Al decir de tan conspicuos contemporáneos, el día en cuestión

un grupo de miqueletes guiados por Llabería y Capdet, (el texto de Vacani dice: *una turba di 300 micheletti guidati da due intrepidi lavoratori di Ribas*) se introdujo en Sitges, reconquistándola casi enteramente, apoderándose de una de las dos baterías francesas y poniendo en el último aprieto al capitán Cauvi, que mandaba la tropa de la guarnición, y se ostentó en el vetusto castillo, hasta que aparecieron en el Vinyet socorros. Los patriotas se retiraron satisfechos de haber probado su fortaleza.

No fué este ensayo el último. Apenas los invasores, obligados por el curso de la guerra y las dificultades de los aprovisionamientos, disminuían sus fuerzas, Llabería y Capdet se acercaban, y señalada su intención de los felinos ingleses por una bandera colocada en las lomas, pronto las granadas británicas reventaban en los flancos del Baluarte, las cajas redoblaban, encerrábanse los vecinos en sus casas con el corazón ansioso y las descargas ensordecían el espacio. Nubes siniestras envolvían la silueta de la iglesia, mientras el grito común a los oficiales españoles de entonces, —¡Alma, alma!— se confundía con las sonoras imprecações italianas...

Abusando de la benevolencia del lector, añadiremos otro día algún dato curioso acerca de Llabería y su compañero, y de otros jefes de partidas de Sitges, que no figuran en el *Ensayo histórico* de esta villa.

FEDERICO CAMP.

La luz de tus ojos

Busco la noche, que en sus sombras quiero
recordar nuevamente mis dolores,
y ocultar este amor de los amores,
entre negruras que añoso espero.

Engañando siempre, de pesares muero,
cercado de pérdidas y traidores
y hoyo de los brillantes resplandores
que alumbra en la aridez de mi sendero.

Aléjese ya el sol, su luz febea
se extinga para el triste peregrino
que ante su claridad hoye cobarde.

Mas no quiero que el sol tus ojos vea,
que, si verlos, detendriase en su camino
para admirar la luz que en ellos arde.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

Los árboles frutales (*)

IV

En el anterior artículo dejamos apuntadas algunas generalidades sobre la poda, esa operación tan importante que debe practicar todo agricultor para guiar, para encaminar sus árboles a la fructificación, y declinamos que, debidamente combinadas en pomáceas y angiosármicas, podían servir de tipo para casi todos los árboles frutales. Nuestro propósito era describir esas podas, pero desistimos por la dificultad que ello representaba, prefiriendo en su lugar repetir lo dicho por el ilustre Ingeniero agrónomo señor García de los Salmones en una reciente conferencia sobre viticultura. El señor Salmones acorda a los pueblos que tenían interés por sus viñas, organizaba concursos entre los podadores y adjudicaba los premios ofrecidos por el Ayuntamiento o por un grupo de propietarios, al operario que más se distinguiera en la operación. Cedido el efecto un viñedo y provisto cada podador de piezas de madera, las iba colocando sobre las ramas en el sitio que él creía deber practicarse el corte; repetida la operación por cuantos se presentaban al concurso, el señor Salmones examinaba lo hecho por cada uno de ellos y mostraba su conformidad o exponía los defectos de la poda de tal o cual concursante. Y contaba el señor Salmones que, en la mayor parte de estos concursos, tenía que dejar sin adjudicar los premios ofrecidos, después de haber convenido

con sus razonamientos a aquellos operarios que, en el pueblo, gozaban fama de ser los mejores podadores, que no sabían podar. En esta clase de concursos quedaban substituidos procedimientos rutinarios por los racionales.

No creo que fuera difícil organizar concursos análogos para los árboles frutales y a nuestro juicio este sería el mejor procedimiento para divulgar aquellas podas antes olvidadas. El éxito sería inmediato.

Otro asunto de gran interés para el cultivo frutal, desgraciadamente poco estudiado todavía, es el abonamiento de los árboles. Estos pierden cada año gran cantidad de hojas y frutos, por la poca se les quitan un mayor o menor número de ramas, que reaparecen en mejores condiciones, y todo ello es a expensas de elementos que toman de la atmósfera y del suelo. La primera sustancia oxígeno, nitrógeno en varias formas, carbono y, no obstante su valor inmenso, tiene poco interés desde el punto de vista agrícola, porque se ha demostrado que la composición del aire permanece sensiblemente invariable; el por un lado el hombre y los animales y vegetales consumen, al respirar, grandes cantidades de oxígeno, la clorofila existente en la mayor parte de las plantas superiores, se encarga de descomponer el anhídrido carbónico producto de aquella respiración, en carbono que asimila la planta y oxígeno que vuelve a la atmósfera; el circuito es cerrado. No ocurre lo mismo con el suelo, el cual cede constantemente al árbol elementos nutritivos, que no le son restituidos, más que en parte y, por lo tanto, es indispensable la intervención del hombre que, con los abonos, restablezca el equilibrio. De lo contrario el circuito, lejos de cerrarse, se abre cada vez más.

Para deducir la fórmula con veniente de abono, Audouynand y Papparelli han hecho estudios sobre el olivo; Steglich y Barth sobre el peral, manzano, cerezo y ciruela; Olivieri y Airi sobre el naranjo; y también se han ocupado del asunto para resolver el problema Kullsch, Hilgard y otros agrónomos.

La marcha seguida para hallar la fórmula de abonamiento consiste, por la general, en contar el número de árboles que hay en una extensión determinada de terreno, una hectárea por ejemplo, pesar todos los años las ramas, hojas y frutos que se sacan de dicha hectárea, hallar su composición centesimal en nitrógeno, ácido fosfórico, potasa y cal, y por último, sabida la cantidad de dichos elementos fertilizantes, extraída al terreno, con solo poseer un análisis del mismo, fácilmente se tendría la fórmula buscada. Pero el pesar ramas, hojas y frutos y el hallar su composición centesimal para llegar a dar cifras de verdadero valor práctico, es un trabajo difícil y de muchos años de duración, estando actualmente en los comienzos. Entre tanto lo único aconsejable es que, al practicar la labor de desfondos o abrir los hoyos para hacer la plantación de frutales, se dé un fuerte abonado fundamental, con abonos de lenta descomposición que vayan cediendo poco a poco sus elementos fertilizantes. Este abonado debe ser a base de escorias de desfosforación, de kálmata rica en sulfato potásico y algo en cloruro y, por último, de un compuesto nitrogenado como restos de cuero, raspaduras de cueros o pezuñas u otro cualquiera que tarde en descomponerse. El abonado fundamental debe completarse con los de entretenimiento, más frecuentes en los arbolados de hoja persistente que en los de hoja caedua, colocados el abono un poco al tronco de cada árbol, sino a su alrededor por medio de sanjas abiertas con un radio aproximadamente igual al que abarque la copa. La época más oportuna es el otoño, excepción hecha de los abonos muy solubles que deben aplicarse en primavera, debiendo siempre tenerse cuidado de mezclar bien los abonos con la tierra, a fin de evitar los efectos cáusticos de aquellos.

Y hacemos punto recordando a los agricultores el prevenir de la fructificación; recomendamos evitar en lo sucesivo el espectáculo huchornoso que España de que sea América la que surta de frutas los mercados europeos; y que procuren ser amigos de esos obreros inmensables, como llamaba Costa a los árboles frutales, que, sin cesar, trabajan día y noche durante nueve meses del año, siempre en provecho de sus dueños, a cambio de un poco de atención por parte de éstos durante un corto número de días al año.

ANTONIO BERTÁN.

(*) Véase los números 1660, 1661 y 1670.